

Luis Bonafoux, un periodista refractario. El cronista español más importante de entre siglos

Luis Bonafoux, a refractory journalist. The most important Spanish chronicler from among centuries

Miguel Ángel del Arco
Universidad Carlos III de Madrid
[miguelangel.arco@uc3m.es]

*Recibido:*12-07-2013
*Aceptado:*26-11-2013

Resumen

Luis Bonafoux Quintero (1855-1918) probablemente fue el periodista español más brillante, admirado, seguido, odiado y temido de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. Famosísimo en su tiempo, está hoy completamente olvidado. Fundó y dirigió periódicos, fue el primer corresponsal en París de un periódico madrileño, El Herald, fue el primero que habló en España del caso Dreyfus y de Zola, el único que se atrevió a enfrentarse a Clarín. Estuvo perseguido por sus escritos en Puerto Rico, Cuba, España, Francia e Inglaterra. Viajó por medio mundo, Puerto Rico, La Habana, París, Madrid, Salamanca, Argelia, Roma, Marruecos, Berlín, Venecia, Reinosa, Londres, y escribió lo que vio. Afirma José Luis Cano (1990) que «sus crónicas provocaban escándalo, amenazas y duelos a pistola».

Palabras clave: periodismo, crónica, corresponsal en París, fin de siglo, asunto Dreyfus, 98.

Abstract

Luis Bonafoux Quintero (1855-1918) was probably the most brilliant, admired, followed, hated and dreaded Spanish journalist of the latter years of the 19th century and the former of the 20th. Very famous in his period, today is completely forgotten. He found and managed papers; he was the first correspondent in Paris of the Madrilenian paper ,«the Herald». He was the first who spoke in Spain about the Dreyfus case and Zola. The only one who dared to face the all powerful Clarin. He was chased because of his writings in Puerto Rico, Cuba, Spain, France and England. He travelled around the world; Puerto Rico, La Habana, París, Madrid, Salamanca, Argelia, Roma, Marruecos, Berlín, Venecia, Reinosa, Londres, and wrote about the things he saw. Jose Luis Cano affirms that «his chronicles provoked controversy, threats and duels to pistol «.

Sumario: 1. Introducción. 2. Cambiar de postura para ver el mundo. 3. En todos los periódicos de la época. 4. Contra Clarín. 5. Corresponsal en París. 6. Fundador de periódicos. 7. Admirado, temido y odiado. 8. Conclusiones: periodismo moderno y olvidado. Bibliografía.

1. Introducción

Lo llamaban *La víbora de Ansieres* porque en ese pueblecito de las afueras de París vivía cuando era corresponsal del *Heraldo de Madrid* y por su afilada e intencionada pluma. Escribía con un estilo ágil, directo y conciso, que usaba tanto para mostrar la realidad española como para arremeter contra quienes consideraba los responsables de sus males, el ejército, la Iglesia católica y la clase política que condujo a España al Desastre del 98. Pero también contra todo lo que consideraba vulgar, atrasado....

Se consideró discípulo de Émile Zola, sostuvo una agria controversia contra el poderoso *Clarín* y ayudó al entonces joven y desconocido José Martínez Ruiz, *Azorín*, para que pudiera escribir en las páginas de *El País*. Fue el primer periodista en describir las reuniones del Club Anarquista Internacional, en Londres, donde conoció e hizo amistad con el teórico y militante anarquista italiano Enrique Malatesta. El escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo lo conoció bien, así lo recuerda en su libro de memorias (1921: 37) en el popular café de Fornos: «Allí estaba Bonafoux, el terrible Bonafoux, vibrante, parlero, endiablado, atrabiliario, divertido, bilioso y muy simpático, en suma, a pesar de los esfuerzos que hacía por no serlo, o al menos por no parecerlo».

Fue uno de los periodistas más cultos, lúcidos y osado de entre-siglos, para muchos considerado en aquel tiempo *el moderno Quevedo* y hoy, un absoluto olvidado. Su vida anduvo entre las penurias económicas y la persecución política. Tuvo que irse de Puerto Rico, después de ser apedreado; y de Madrid, y residió en Francia hasta que Clemenceau, ministro del Interior y de la Guerra, lo *invitó* a marcharse, el 20 de julio de 1915. Acabó en Londres y allí murió de tristeza, en octubre 1918, porque no soportó la pérdida de su mujer, Ricarda Encarnación Valenciana, apenas dos meses antes.

Luis Bonafoux Quintero nació en Burdeos el 19 de junio de 1855. Era hijo de un francés comerciante de vinos y una venezolana que finalmente fijaron su residencia en Puerto Rico, donde el futuro cronista estudió el bachillerato. Con quince años, hablando francés e inglés a la perfección, su padre lo envió a España con la intención de que cursara en Madrid la carrera de Medicina. Se embarcó sin embargo en una vida de picaresca estudiantil, sobreviviendo con el juego, pasando frío, y se decidió por estudiar Leyes.

Entre sus constantes viajes y estancias periodísticas en medio mundo y su personalidad cambiante, pintoresca y heterodoxa, no es fácil reconstruir su cronología vital. Por eso dice su biógrafo José Fernando Dicenta (1974: 16) que se le conoce mejor situándolo «frente a los acontecimientos más importantes de su tiempo, de los que fue lúcido testigo cuando no protagonista».

Efectivamente conoció de cerca, investigó y mostró los hechos más importantes de una época apasionante, el cruce del siglo XIX al XX. Su pluma afilada, culta y deslenguada, se ocupó igual de presidentes de gobierno que de literatos, de generales que de independentistas, de anarquistas que de gente del teatro. Él mismo nos ayuda a trazar su perfil biográfico en las pistas que fue dejando en sus textos.

2. Cambiar de postura para ver el mundo

En 1909, en el número 26 de *Los Contemporáneos*, la colección de libritos que emuló a la novela corta, escribió Bonafoux sobre sí mismo. *De mi vida y milagros* titula el relato. Cuenta ahí que de niño se pasaba las tardes subido a la copa de un árbol diciéndose: «Cuando querrá Dios que pase algo en ese pueblo». Y probablemente fue esa necesidad, o curiosidad vital, la que lo movió, la que le hizo recorrer mundo. De manera que, según esa tesis del árbol y de su aburrimiento, no fue a Europa a aprender nada, ni a ser médico como pretendía su padre, fue «por cambiar de postura». Como indica en su propio relato tenía familia influyente en la capital de Puerto Rico pero fue un niño travieso y con mala fama.

Su primer domicilio en Madrid estuvo en la calle Cádiz, nº 4, piso 4º, donde pagaba diez reales diarios. Eso si no lograba descolgar las maletas por la ventana del hospedaje para huir sin pagar, que era lo que intentaba siempre. Era época de penurias por casas de huéspedes baratas en el Madrid de los años setenta del siglo XIX. Pasó por amigo de bohemios pero él mismo llevó vida de bohemio, en pensiones y en casas de juegos. Había una situada en el entresuelo del Café Imperial, en la calle Príncipe, donde perdía en la ruleta lo que le mandaba su padre. Así que, se lee en el relato de los Contemporáneos(1909):

«Sin dinero ni cosa que lo valiese, tuve que consagrarme al mico. En menos de un año recorrí ocho casas de huéspedes, en casi todas di micos horribles. ¡Hasta descolgué de un principal de la calle de Veneras, a las dos de la madrugada, mis baúles y los de un compañero, que los esperaba en la calle.»

Con ironía afirma: «Mi reputación de íntegro data de los tiempos de mi mayor edad. De chico yo no pagaba ni a Jesucristo». Y añade que «la galbana, la atrofiadora galbana madrileña, se había apoderado de mí, produciéndome la enfermedad de no hacer absolutamente nada, pasando la vida en buscar la manera de matar la mañana, matar la tarde y de matar la noche».

Confesaba en ese breve relato sobre su vida que «mi más allegado compañero de bohemia madrileña fue el artista Pepe Cuchy, hemos vivido compartiendo mutuas pobreza muchos años, con una silla y un caballete por todo mobiliario de comedor. Hemos sido muy felices». Así fue su época de estudiante en Madrid.

Con su amigo dibujante fue a París, a participar en una revolución contra el general venezolano Guzmán Blanco, donde «redacté una feroz proclama revolucionaria», y luego a Londres. La policía inglesa, avisada, detuvo y expulsó a «aquellos conspiradores de pacotilla» (1909:14). Vestía Bonafoux en Madrid trajes estrambóticos, de colores, con capacete de Indias y flotantes gasa de seda, por lo que los madrileños lo miraban y le seguían como a un bicho raro. Le pasó en Salamanca, donde se había trasladado para intentar terminar los estudios, y también escandalizó al vecindario. El episodio se lo contó Unamuno a Martínez Ruíz, quien lo relató en la revista *Vida Nueva*.

El mismo Bonafoux da su versión de la aventura, puntualizándola, en *De mi vida y milagros*. Paseaba con un elegante y poco habitual traje «kaki» por la salmantina la calle de la Rúa cuando unas jóvenes le dijeron desde un balcón, «vaya

pantalones que lleva, si parecen sacos de patatas». A lo que Bonafoux contestó «¿no les gusta? ¿Quieren que me los quite?» Y como el que calla otorga, entendió que eso era lo que deseaban, y se los quitó. Se bajó los pantalones en la calle más concurrida de la ciudad. «Hubo gritos atroces, exclamaciones indignadas, protestó un comerciante, gruñó un perro y hasta un cura quiso morderme». Pero asegura que nadie desde entonces volvió a tomarle el pelo a cuenta de su indumentaria.

Entre las líneas de su autobiografía fue dejando rastros de su personalidad, de sus preocupaciones y de su pensamiento. Un camarada de su época salmantina lo invitó a entrar en la juventud católica, pero «le dije, joven soy pero católico, no». Publicó sus primeros artículos en *El Eco del Tormes*, fundó el Ateneo Federal y atacó en *El solfeo* al gobernador porque se metió con el Ateneo. Era *El Solfeo* una revista satírica donde curiosamente se dio a conocer Leopoldo Alas, *Clarín*. Los artículos de éste eran sanguinarios, feroces, procuraba no dejar títere con cabeza en el mundillo literario. Lo que produjo desconcierto, temor e indignación en los literatos, acostumbrados a una crítica transigente y bonachona. Como veremos, sólo Bonafoux le hizo frente. Si se exceptúa el caso de otro autor, Francisco Navarro Ledesma, que esperó a Alas, recién llegado de Oviedo, a la entrada del Ateneo madrileño y se lio a bastonazos con él, dejándole maltrecho.

En Salamanca Bonafoux vivió en el convento de las Calatravas, donde alquiló una celda amueblada, y consiguió calificación de notable en los exámenes de junio de 1878, para licenciarse más tarde en Derecho por la Universidad Central de Madrid.

Volvió a Puerto Rico y siguió escribiendo para periódicos españoles. Los artículos de *El Solfeo* le abrieron más puertas a la colaboración, como las de *La Unión y El Mundo moderno*. Precisamente una historia publicada en el primero y titulada *El Carnaval de las Antillas*, le trajo serios problemas. En ella reflejaba los usos y costumbres de los portorriqueños, y en la isla le consideraban un enemigo de la patria y quisieron lapidarlo. Tuvo que salir escoltado por el ejército, en barco rumbo a Inglaterra.

Empezaba así su segunda etapa madrileña, donde volvió a pasar dificultades y necesidades. Un discurso en el Circulo Nacional de la Juventud, en el que se declaró cosmopolita y consideró estúpidos los sentimientos patrióticos causó estupor y supuso su carta de presentación en la intelectualidad de la capital. Ser conferenciante en el Circulo «influyó mucho en dar a conocer mi nombre y a los otros escritores incipientes» (1909). Allí conoció y se hizo amigo de Alejandro Sawa. Para Bonafoux empezaban a ser habituales los lances de honor, las persecuciones y las amenazas.

Cuenta José Fernando Dicenta (1974: 46) que el primer duelo lo tuvo en *El Paréntesis*. Era este un semanario propiedad de un rico que quería ser diputado y puso a Bonafoux como redactor jefe de la publicación. Y Bonafoux asegura que «el primer periódico de Madrid donde escribí con libertad relativa fue *El Paréntesis*, fundado por un señor gordo que quería ser diputado y preparaba un arroz a la valenciana mientras Cuchy y yo preparábamos el número». Era todo el sueldo que recibía, las suculentas paellas que el mismo propietario cocinaba en una suerte de picadero que servía igual como tal que como redacción u oficina. Allí organizaba grotescos banquetes «con ninfas cogidas al vuelo de la calle» (1909). Un grupo

de querellantes lo buscó por un artículo encargado por tan particular empresario y lo retó a duelo, con lo que tuvo que practicar con un «enorme pistolón por la Castellana» (1909). Pidió cuentas el periodista al propietario y el asunto acabó en el juzgado de guardia y con el cierre de la revista.

En la prensa española finisecular no era fácil no ser partidista, como pretendía el polémico Bonafoux. O se era de derecha o de izquierda, monárquico o republicano, católico o anticlerical. Y en función de la ubicación tanto geográfica como ideológica, los periodistas se dedicaban a dar, o palos o bombos, dependiendo a quien se dedicaran los escritos, a enemigos o a amigos. Bonafoux escribía con dureza y sin compromiso. Se decía que mojaba la pluma en bilis, y así tituló precisamente uno de sus libros, por eso en las tertulias de Madrid referían a él como La víbora de Asnieres.

3. En todos los periódicos de la época

Escribió en la mayoría de las publicaciones de la época como colaborador: *El Globo*, *El Heraldo*, *El Liberal*, *El País*, *Alma Española*, *Vida Nueva*, *Don Quijote*, *Madrid Cómico* y los satíricos, además de *El Solfeo*, *Gil Blas* y *El Satiricón* o *La Discusión*. En todos se mostró como un polemista incansable y para muchos de sus coetáneos fue el mejor cronista de la época. Su cultura, su pluma y su genio le hacían temible y admirado. Fundó periódicos como *El Español* y *El Intransigente*, editados en Madrid, de los que no hay noticia en las hemerotecas, y *La Campaña* y *El Heraldo de París*, de los que apenas queda un número en la hemeroteca Municipal de Madrid. Fue también redactor jefe de *El Globo* y *El Resumen*.

En *El Español*, en Madrid, permaneció entre 1882 y 1887, con polémicas y conflictos por su pluma y sus críticas deslenguadas a uno y otro lado del Atlántico. Dice del semanario: «Fundado por un pariente mío, y bien trabajado, fue un gran semanario hasta por sus dimensiones, que eran las de la época» (1909). Habla del tiempo en que vivía en el hotel de las Cuatro Estaciones, el mismo donde se hospedaba Marcelino Menéndez Pelayo, de quien cuenta que no paraba de leer, «se olvidó de sí mismo en una vespasiana, por lo que se formó cola de ciudadanos que no eran sabios pero que tenían ganas de hacer aguas menores». El erudito leía en todas partes y se olvidaba de cuando se le gastaban las botas, «el bondadoso Durio, el dueño del hotel, por encargo de los padres, mandaba recoger las botas rotas y poner en su lugar unas nuevas que Menéndez Pelayo al día siguiente se calzaba sin enterarse» (1909).

Mientras observaba a Menéndez Pelayo y dirigía *El Español* no dejó de moverse ni de escribir y podemos leer textos suyos sobre Jerez de la Frontera, o Gibraltar, o Manila o Cuba o la toma por parte de Alemania de las Isas Carolinas o la muerte del Rey Alfonso XII. En todos los casos con un humor ácido, osado e intencionado, lo que le valió represalias judiciales, a veces físicas y desde luego económicas. Le dio tiempo también a ingresar, en 1885, en el sanatorio vizcaíno de Urberuaga de Ubilla por un grave proceso pulmonar.

Bonafoux era el alma de *El Español*, firmaba sus crónicas con su nombre o el de *Aramis* o el de *Luis de Madrid*, y no logró salvarlo. De modo que el cierre del

semanario le dejó en una dramática situación económica: hizo un peregrinaje por las redacciones y le abrió las puertas *El Resumen*... Lo cuenta también en su autobiografía de *Los Contemporáneos*, esas penurias le llevaron a aceptar un empleo en Las Antillas. Pero en Barcelona perdió el barco que le llevaría a América y hubo de esperar mejor ocasión. En situación tan penosa le llegó una oferta inesperada: «Me nombraron director de minas (¡atiza!) en la provincia de Santander, a propuesta de un tío mío que había tomado parte en la fundación de la compañía...» (1909). Se trataba de las minas de cobre de Soto, cerca de Reinosa. Así que se trasladó a Cantabria.

El 25 de noviembre de 1888 el periódico local *El Ebro* le daba la bienvenida así: «A principios de semana tuvimos el gusto de estrechar la mano de nuestro querido amigo y compañero en la prensa, el conocido literato D. Luis Bonafoux», para añadir que llegaba para pasar una buena temporada.

Un año más tarde, Bonafoux se casó en Soto de Campoo con la joven Ricarda Encarnación Valenciaga y Gordejuela, natural de la provincia de Valladolid. El tenía 34 años y ella, de 20, trabajaba en la fonda que su padre, el emprendedor vizcaíno Vicente Valenciaga, tenía abierta en el pueblo minero de Soto.

No duró mucho el Bonafoux inquieto en aquella vida monótona para su concepción arriesgada y cosmopolita de la existencia. Volvió a Puerto Rico y allí nació el 21 de mayo de 1890 su primer hijo, Luis Tulio. El escritor cántabro y amigo de aquella época, José del Río Sainz,¹ lo describió así «Sentía la obsesión de las cumbres, y allí donde se elevaban, allí iba a herirlas: reyes, príncipes, prestigios de las letras, de la política o de las artes, todo lo que sobresalía tenía en él un implacable censor».

Muchos años después, en 1927, en el transcurso de un banquete celebrado en Reinosa, Del Río Sainz propuso que en la fachada del hotel Valenciaga se colocara una placa conmemorativa del paso de Bonafoux por Campoo. Luis Tulio Bonafoux escribió desde Londres rogándole que no llevara a cabo la propuesta, «porque mi padre ridiculizó siempre las lápidas conmemorativas, las estatuas y las condecoraciones» (2000).²

4. *Contra Clarín*

En esos años finales de los ochenta ya era famoso como cronista, ya había empezado su encarnizado pulso con *Clarín*, el crítico al que nadie osaba discutir, salvo Bonafoux, claro, que llegó a asegurar que *La Regenta* era un mal plagio de *Madame Bovary*, lo que les llevó no sólo a posicionarse con acritud y aborrecimiento personal sino hasta el juzgado. Y dividió a los círculos literarios entre Clarinistas y Armistas, una polémica y una división que era fácilmente trasladable al pulso generacional, entre la llamada Gente Vieja y los miembros modernistas de la Gente Nueva.

¹ Río Sainz, José del (1884-1964) marino y periodista, firmaba con el seudónimo Pick. Sus escritos están recopilados y editados por la consejería de cultura de Cantabria.

² <http://www.cantabriaeconomica.com/index.php?envio=noticia&idnoticia=6.3/4/2000>

La Gente Nueva se mostraba abierta a todo tipo de tendencias y escuelas, dispuestos a luchar por la República democrática en política y por una nueva estética en el arte. Frente a ellos, la Gente Vieja representaba la reacción, el catolicismo, el conservadurismo y la monarquía en política; y el realismo en la literatura. Y el crítico Lepopoldo Alas era el dueño del canon.

Bonafoux, enemigo acérrimo, le llegó a decir al autor de *La Regenta* que para lograr su semejanza con Fíguro, debía suicidarse. De ese largo y accidentado enfrentamiento dijo Luis Paris en su libro *Gente Nueva* (1888): «Ambos tenían la misma mala intención, pero Bonafoux era más rápido, más ágil y tenía más gracia de Clarín».

Del arrojo y agilidad mental de Luis Bonafoux da muestras él mismo cuando escribe en su artículo 'La explosión de un traductor' (1999: 123):³

«Cánovas en política y *Clarín* en literatura eran dos almas gemelas, la conjunción de dos vanidades monstruosas, dos tiranos de un mismo cuadro de la historia española contemporánea: uno en Montjuich: otro en Oviedo. Me alegré cuando mataron a Cánovas. Si *Clarín* no hubiera dejado mujer e hijos —por cuya familia haría yo cuanto pudiera— me alegraría en absoluto de su muerte. Y España debió alegrarse del homicidio de Cánovas y debe alegrarse del fallecimiento de *Clarín*, porque el domine Cánovas en política y el domine *Clarín* en literatura simbolizaban una regresión histórica».

Las polémicas y descalificaciones entre viejos y nuevos, consagrados y aspirantes, realistas y modernistas, estaban a la orden del día. Se producían en los cafés, en las redacciones y en las tertulias. En las del café de Fornos discutían de naturalismo, sobre nuevos libros, sobre teatro. Una noche estaban presentes un grupo de amigos, Bonafoux, Joaquín Dicenta, Antonio Palomero, Luis Paris, Catarineu (Gómez Carrillo, 1919: 43), y charlaban a propósito de una novela recién publicada de Emilia Pardo Bazan, en la que había una descripción de un parto. Dicenta y Palomero aseguraban que aquel parto era tan falso que cuantas mujeres lo lean se echaban a reír o se indignaban. Y dijo Bonafoux: «¡Pues si ni de eso es capaz!».

Afirma Bonafoux (1909, 24) que a Clarín no le profesaba odio, que su polémica era, al menos para él un deporte.

«Me habían dicho que Clarín no me podía ver ni en pintura y que ponía su veto a la publicación de mis artículos, así que creí oportuno mortificar un poco a Clarín, me tenía asqueado el espectáculo de general sumisión a su persona, de los que le besaban los faldones, pero no había periódico que se atreviera a insertar algo serio contra él. Al final tuve el privilegio de publicar un par de artículos, los cuales tuvieron el privilegio de sacarle de sus casillas».

En noviembre de 1897, cuando ya Bonafoux era corresponsal de *El Progreso* en París, el director del periódico, Alejandro Lerroux, organizó en Madrid un ban-

³ Recogido en su libro *Bilis*.

quete en homenaje a Clarín. Cuenta su biógrafo (1974: 132) que Bonafoux, en una de sus piruetas perversas, se suma al homenaje y «gira el importe de su tarjeta de comensal, aunque advierte que sigue pensando lo mismo y encarga a Lerroux que a la izquierda de Leopoldo Alas se coloque la silla que, de estar, ocuparía». Parece que Clarín, tras mostrarse intrigado, se dio por reconciliado. Supuesta reconciliación que rompió Bonafoux con la despiadada dura necrológica, y muy criticada, que hizo a la muerte de Leopoldo Alas, el 13 de junio de 1901. «Quiero ser el primero en celebrar la muerte de *Clarín*», escribió en *El Heraldo de París* del 22 de junio.

Pero por seguir con un cierto orden cronológico en personaje de tantas idas y venidas, tras la 'huida' de Cantabria y vuelta a Puerto Rico, y su paternidad, encontramos de nuevo a Bonafoux en Madrid. Considerado, admirado, odiado, temido, volvió a buscar trabajo en las redacciones. Isidoro Fernández Flores, *Fernanflor*, fue quien le ofrece la corresponsalía de *El Liberal*, en París, y empezó a telegrafiar una crónica diaria. Lo nombraron redactor corresponsal, pero le aconsejó su mentor que firmara con seudónimos, ya que tenía muchos odios entre las gentes del oficio. Y empezó a firmar *Luis de Madrid*.

En su calidad de corresponsal y periodista español fue invitado a una de las célebres cenas que organizaba la prestigiosa revista literaria *La Plume*, y en el café Du Palais, se sentó Bonafoux entre Zola y Mallarmé. Lo cuenta en su correspondiente crónica,⁴ y describía en la misma cena la presencia, «trajeado de harapos, con enorme bufanda al cuello y sombrero ancho sepultado hasta las cejas, adormecido por el alcohol y cojeando por el reuma», de Paul Verlaine.

Un año estuvo en París con *El Liberal*. Volvió a Madrid cuando Ivo Bosch compró *El Globo* y le ofreció el puesto de redactor-jefe:

«El único periódico madrileño de cuya redacción formé parte, unos cinco meses, fue por invitación del sr Ivo Bosh, que no era ni es amigo mío. Me nombraron jefe de redacción, con vía libre y con sueldo, que allí nadie cobraba, empezando por Vicenti (el director) Le di muchos disgustos por las protestas y molestias que mis artículos procuraban, ya no recuerdo cuántos procesos siguieron al *El Globo* por artículos míos».

Así lo recuerda en su especie de autobiografía de *Los Contemporáneos*. De modo que se fue a París de nuevo.

5. Corresponsal en París

En la capital francesa trabajaba siete horas en una oficina de la casa Garnier. Fue contratado junto a otros escritores españoles, como Alejandro Sawa o Ricardo Fuente para confeccionar el famoso diccionario. Estaban encargados de escribir biografías de personajes. Su capacidad de trabajo en París fue impresionante, lo que demuestra, por un lado, sus ritmos, y por otro las precarias condiciones

⁴ *La velada de La Plume*, recogida en su libro *Huellas literarias*.

económicas de los periodistas, aun de los más considerados como era su caso. Aparte de las siete horas empleado del Garnier, la corresponsalía de *El Heraldo* de Madrid, además de los artículos que enviaba a *La Correspondencia*, de Puerto Rico, y a *El Mundo*, de La Habana. Asimismo, componía crónicas que le pedían los periódicos madrileños *El País* y *El Progreso*, *La Época*, *Alma Española*, *Don Quijote* o *Vida Nueva*. Aparte, escribía libros, cuentos y novelas.

Su nombre era admirado y buscado. El 22 de enero de 1899 se publicó una de las *Volanderas* que escribía Manuel Bueno en *El Globo*, bajo el seudónimo de *Lorena*. La dedicaba a Luis Bonafoux: «Bonafoux es la única pluma ágil, sincera, burlona, que oreca con ráfagas geniales nuestro periodismo anodino y latoso».

Decía de él Rubén Darío (1921) que «tiene larga fama. Hay quienes en Río Janeiro, o en Tánger, leen tales o cuales diarios sólo por el artículo de Bonafoux. Y lleva la carga de su talento, con talento». Y lo ponía como ejemplo ante la tesitura de designar un lugar para el periodismo y otro para la literatura: «La obra de Bonafoux demuestra lo vano de la diferencia que ha querido hacerse entre escritores y periodistas. No existe después de todo sino esto: hay periodistas que saben escribir y periodistas que no saben escribir; hay quienes tienen ideas y quienes no tienen ideas».

El 5 de enero de 1895 estalló el affaire Dreyfus: a las siete de la mañana, el capitán Alfredo Dreyfus era esposado por un escuadrón de la Guardia Republicana para ser degradado en público, antes de ser confinado en la Isla del Diablo. Bonafoux lo siguió muy de cerca, al principio sin darle mucha importancia. Le preocupaban más la desastrosa política colonial del gobierno de España y contra ella clamaba desde París. Además de criticar duramente la pérdida de Cuba y de Filipinas, se enfrentó a la crispada opinión pública, «al histrionismos de la prensa que reclamaba represalias infames, que incluso aplaudieron el fusilamiento del doctor Rizal, al que acusaban de ser el responsable de la insurrección tagala» (1999). Bonafoux afirmaba que Rizal «expió el crimen de haber publicado un libro contra los frailes del archipiélago». Y criticaba duramente al general Polavieja: «Fusilar no es vencer».

Las posturas de Bonafoux le valieron no pocas denuncias, pedían su extradición, lo llamaban antipatriota y separatista por apoyar la autonomía de las colonias, le amenazaron con no dejarle escribir más en muchos periódicos si no se retractaba. Lo hizo, pero a su manera, y en 1897 publicó en la primera página de *El País*⁵ un alegato titulado *Mi Credo*, tan sarcástico como amargo, que terminaba así:

Creo que lo injusto es lo justo, derecho lo torcido, libre lo esclavo, blanco lo negro, y que los presos de Montjuich no fueron torturados —aunque lo vocea la prensa europea— sino que los tales presos se dedicaron a arrancar las uñas de los pies a sus jueces, obligando a uno de ellos a darse un tiro en la cabeza;

Creo que hicimos perfectamente en no cumplir lo con venido en el Zanjón, negando reformas a Cuba, y engrosando las ya innumerables partidas de autoridades despóticas y de empleados venales, cuyas malas artes no excitaron la insurrección, la cual respondió exclusivamente a concupiscencias de un centenar de negros y mulatos chancleteros.

⁵ Recogido en su libro *Bilis*, 1999.

Creo que la insurrección de Filipinas no respondió al despotismo de la frailocracia en aquel país, sino al libro *Noli me tangere*, de Rizal, y al cuadro *Spoliarium*, de Luna Novicio

Creo en Dios... ¡No! Lo que es en ese Dios que permite tan sangrientas burlas contra un pueblo en desgracia, en ese Dios no creo yo, así me aspen los modernos inquisidores de Madrid.

En 1896 se revisó el caso Dreyfus. En 1897 el hermano del ex capitán, Mateo Dreyfus, denunció al comandante Esterhazy por alta traición y exigió que se revisara el proceso. Luis Bonafoux lo contó con detalle en las páginas de *El Heraldo de Madrid* y las de todos los medios donde colaboraba: se implicó y denunció. El 11 de enero de 1898 Emile Zola publicó el famoso artículo '*Yo acuso*'. Bonafoux analizó el proceso como un cirujano, como un buen periodista, estudió las actas, se aprendió las conclusiones, entrevistó a los testigos y mostró la actitud de los partidos franceses, críticos con Zola.

6. *Fundador de periódicos*

El mismo mes, enero de 1898, fundó en París el semanario *La Campaña*, pagado por Pedro J. del Rincón y J.B. En él siguió de cerca los sucesos de Cuba y de Filipinas. En la mayoría de las ocasiones fue la única voz discordante, de modo que no contentó con sus escritos ni a España, ni a Cuba ni a los EEUU. Siempre sarcástico y amargo, rápido, lúcido, personal, original y feroz.

También fundó en París el periódico *El Heraldo de París*, tras morir *La Campaña*. Igual de agresivo, igual de independiente, igual de rebelde, con las mismas persecuciones y duelos y la misma pluma afilada. Periodista vocacional, Bonafoux estaba donde quiera que se encontrara la noticia. Y su compromiso era contarla. Igual hablaba de un líder filipino que de la expo universal, del viaje de la reina regente a París o de la firma del tratado de paz entre España y EE UU, que opinaba de la política española. Su rutina era acercarse, observar, preguntar, enterarse y contarlo. También coleccionó denuncias y amenazas con este periódico.

También desde París colaboró con una de las revistas más importantes de la Generación del 98, *Alma Española*. En el primer artículo que escribía para el semanario (1903) lanzó sus afilados dardos contra el Parlamento y los políticos de oficio, siendo su blanco preferido Francisco Romero Robledo, Presidente del Congreso. En su opinión, el Congreso estaba formado «de histriones lúgubres y de mujerzuelas de caño sucio», «de personajes de cartón y caca». Protestaba con gran sarcasmo contra Romero Robledo pues siendo «el hombre más grande de la España mutilada» —el que hizo que miles de soldaditos fueran a morir a Cuba para sostener los monopolios de su política Conservadora—, aparecía en el sitio más alto de España, en la 'sedia gestatoria' del Congreso de los representantes del país; le han hecho amo de España». Bonafoux no podía admitir que siendo uno de los políticos responsables del Desastre colonial fuera Presidente del Congreso.

La actividad periodística de Bonafoux en los primeros años del siglo XX fue frenética, diariamente escribía siete artículos para la prensa española e hispano-americana y seguía escribiendo libros y viajando. El 3 de mayo de 1902, don Carlos, duque de Madrid, dirigió un manifiesto a los españoles, desde su palacio de Venecia. En él protestaba contra la inminente coronación de su sobrino, el futuro Alfonso XIII, y afirmaba sus derechos al trono de España. Bonafoux, que para los carlistas era el enemigo público número uno, decidió ir a entrevistar a don Carlos a Venecia. Eso sí, pasando por Amberes para asistir a un concierto de su amigo Pablo Sarasate (Dicenta, 1974: 246).

Ya era una celebridad, y considerado por muchos el rey de los cronistas. Solía afirmar en sus crónicas y artículos que ni tenía ni necesitaba amigos, pero lo cierto es que pasaban por París a visitarlo desde Rubén Darío y Carmen de Burgos a todas las figuras relevantes de la época. Era tan famoso en su tiempo, que los españoles que llegaban a París intentaban hacerle una visita. Consideraban un triunfo volver a España diciendo que lo habían visto, aunque fuera de lejos.

Fue como periodista un cronista implacable de la vida social y política española. Sus crónicas llegaron a provocar escándalos, denuncias, amenazas e incluso duelos a pistola. Era de los periodistas más cotizados y famosos, y al mismo tiempo de los más atacados y perseguidos. Como crítico teatral titulaba sus escritos de los estrenos *Los crímenes estrenados anoche*.

Y su fama no le evitaba los avisperos en los que se metía ni las causas perdidas que defendió ni las acusaciones, entre ellas que se vendía, o que se había endiosado. También murió el *Heraldo de París* y todavía intentó publicar otro periódico, *El Internacional*, que cerraría pronto. Sus historias igual molestaban a conservadores que a liberales. Escribía sobre el desastre colonial o sobre los partidos políticos, la Iglesia o la idiosincrasia española. Contó la Expo Universal, celebrada en París en 1900, donde el jurado español descalificó al pintor Ignacio Zuluaga. Bonafoux defendió al pintor y atacó al jurado, por «inepto y malintencionado».

Fueron muchos los que justificaron su mote, La víbora de Asnieres. Pero en ese pueblecito cercano a París fue donde encontró su refugio. Allí vivió con su mujer, la santanderina, Ricarda Valenciaga, de la que tuvo cuatro hijos, Tulio, Lágrima, Clemencia y Ricardo.

En 1915 el gobierno francés, a petición del gobierno belga, lo expulsó. El motivo, un artículo que publicó en *El Heraldo de París*, hablando de las posaderas de la reina de los belgas. El 20 de julio de 1915, salió con su familia hacia Londres, donde se instaló. El 31 de julio de 1918 murió, Ricarda, su mujer. Bonafoux se derrumbó y el 28 de octubre de ese mismo año muere en su domicilio londinense, a los 64 años. Sus hijos lo enterraron en el cementerio de Central Green. El 20 de octubre de 1918 había escrito su último artículo para *El Heraldo de Madrid*, y el diario lo publicó el 13 de noviembre.

El Liberal,⁶ a su muerte, hizo un homenaje al

«escritor más personal, más ático, más sabio y completamente irónico de la lengua castellana... Bonafoux llevó a la crónica una calidad, una percepción sutil y una

⁶ *El Liberal*, 28.10.1918.

cultura jamás superadas, y todo lo vistió con un lenguaje liso y llano.. Sin miedo y sin tacha, se atrevió a decir lo que ningún otro escritor hubiera osado, con limpia pero firme crudeza».

Resumía el diario el estilo y la personalidad de Bonafoux al decir que «el periodista, en apariencia frívolo, era desdeñoso enemigo mortal de las bajezas, era el desdén por todo lo ruin, el asco a todo lo corrompido y el orgullo en presencia de lo miserable y odioso».

Mariano de Cavia⁷ lo llamó en su necrológica, que tituló *Los refractarios*, «inquieto y mordaz», y lo tildaba de «refractario egregio», por opuesto, por rebelde, por «salirse de la grey».

Otro prestigioso periodista, José Nakens le dedicó también una crónica necrológica:⁸ «su vida fue una lucha constante contra todo lo falso, lo convencional, lo ridículo y lo injusto. Vivió modestamente, trabajó mucho a favor de los humildes y sufrió persecuciones que agigantaron su espíritu (...) hijos de Bonafoux, me asocio a vuestro duelo».

7. Admirado, temido y odiado

Los testimonios de sus contemporáneos, los retratos y valoraciones que hicieron de él, descubren un personaje tan temido como admirado, huraño a veces, amable padre de familia, azote de gobernantes y brabucón pendenciero con la pluma. Y en sus escritos y reacciones personales va saliendo su genio, su idiosincrasia.

En su etapa de *El Resumen* pasó muchas dificultades económicas, como todos los periodistas. Escribe en *Los Contemporáneos* «el hambre era general en aquella casa» y cuenta que se encontró una noche al salir de la redacción del diario con un amigo indiano que lo invitó a comer. Pero como ya tenía un compromiso le dijo que le mandaba a un amigo y compañero, si le permitía la sustitución. Le llevó al periodista Celedonio José de Arpe, «que hacía mucho que no comía», y se enfermó por falta de costumbre.

Esos mismos días de aprietos, incluso de hambre, publicó una carta abierta al entonces Presidente del Consejo de Ministros, Cánovas del Castillo. En ella declaraba solemnemente que le «revientan los conservadores en general y Cánovas en particular; pero que necesitando un destino y siendo don Antonio el único que puede concederlos, a él se dirige». Terminaba la epístola advirtiéndole al Presidente que «aunque le nombre alguna cosa, continuará deseando que el señor Cánovas y sus ministros sean colgados cuanto antes de los árboles de la Plaza de Oriente».

A Cánovas debió hacerle gracia porque, contra todo pronóstico, concedió al señor Bonafoux lo que le pidió... puesto que era abogado, podía prestar sus servicios en la Oficina General de Aduanas de la Isla de Cuba. Pero perdió el barco y acabó dirigiendo la mina de Reinosa.

⁷ Cavia, Mariano. *El Sol*, 30. 10. 1918

⁸ Nakens, José. *El Motín*. 7.10.1918.

Uno de los principales defensores de Bonafoux fue otro periodista brillante y célebre en su época y también desconocido hoy, Joaquín Dicenta. Juntos colaboraron en varios periódicos, juntos iban al café Fornos, ambos criticaron a la Gente Vieja. En su libro 'Spoliarium' (1888)⁹ le dedicó una 'Nota bohemia' que había publicado para contestar a quienes consideraban a Bonafoux mala persona e insensible y cruel y duro. Decía:

«Hoy vive en Madrid, escribe libros, combina proyectos para lo porvenir, pasa las horas muertas en la esquina de Fornos, luciendo sus americanas geométricas y sus sombreros algebraicos, me acompaña de vez en cuando a tomar una copa de cognac, se burla de los tontos que le saludan, lo cual quiere decir que pasa casi todo el día burlándose; sufre mis genialidades, mis confidencias, mis esplines, yo sufro los suyos, y es más, le tolero algunos chistes que dedica a mis idealismo quijotescos —como el dice en son de burla— sin acordarse de que ha sido tan quijote como yo».

Una advertencia para concluir: si alguno de ustedes, lector o lectora, hace versos malos y los colecciona y los imprime y los tira, vamos al decir, los publica, tenga buen cuidado de que no lo sepa Bonafoux y, sobre todo, no se le ocurra dedicarle un ejemplar, porque no lo librara a ud de un estacazo a pluma ni la bula de Meco. Ni siquiera le quedará a ud el recurso de que yo interviniera en su favor, porque mi amistad, con alcanzar mucho, no alcanza tanto.

Quienes lo admiraban defendían su ingenio, su preparación, su empeño en descubrir la verdad y su independencia. Quienes sufrían sus dardos apuntaban su soberbia y su frialdad inmisericorde. Ambos reconocían su estilo juguetón, alegre y espontáneo: su preferencia por la frase ligera y brillante, siempre dispuesto a ridiculizar, o reírse directamente, de las creencias, las rutinas y los convencionalismos de una sociedad a la que consideraba falsa, hipócrita y miserable.

Contra Bonafoux escribió *Hamlet Gómez*, seudónimo de Antonio Sánchez Ruiz, un demoleador artículo en el que mostraba su decepción con el cronista, precisamente titulado '*Luis ex-Bonafoux*'.¹⁰ Destila despecho y muestra el paso de la admiración entregada al fiasco: usaba directamente el insulta para llamarlo «desgraciado e infame», o decir que era «osadamente rencoroso» o que había quedado en «Luis tontillo y femenino».

Fray Candil (seudónimo de Emilio Bobadilla) otro periodista importante del fin de siglo, también se las tuvo con Luis Bonafoux: le dedicó, en el número 2 de *Alma Española*, de noviembre de 1903, un demoleador perfil:

«Dicen que cobra de la embajada española de París... Sobre el cadáver aún caliente de Clarín vomitó un torrente de oprobios para demostrar, sin duda que es hombre de odios implacables... el liliputiense cretino portorriqueño es un degenerado: físicamente parece un mico; tiene la barba fugitiva, los pómulos salientes, las mejillas hundidas y los hombros lindando con las orejas. Anda en pleno París peinado a lo

⁹ Dicenta, Joaquín, *Spoliarium. Cuadros sociales*, es una recopilación de textos con prólogo del propio Bonafoux

¹⁰ *El Nuevo Evangelio*, el 16 de septiembre de 1902.

chulo, con trajes estrafalarios... psicológicamente es aún más degenerado: es versátil, impulsivo y egoísta».

8. Conclusiones

Amigos y rivales lo consideraron el más grande cronista. Sus crónicas, en tantos periódicos que fundó o en los que colaboró, partían siempre de hechos aparentemente triviales, pero perfectamente documentados, llenos de datos comprobados, que revelaban males hondos de la sociedad española de fin de siglo. Males que su pluma afilada ponía al descubierto.

Muchos lo aplaudieron, e imitaron, pero también lo odiaron muchos. Los que sufrieron sus palos y quienes consideraron que su éxito y sus reconocimientos le cambiaron el carácter y lo empujaron al endiosamiento.

Pero el que fuera comparado entonces con Quevedo y con Larra, dice mucho de su importancia. La historia del periodismo le debe su buen hacer en miles de crónicas y su iniciativa con los nuevos periódicos que su genio fundó. Los periodistas de hoy tienen la oportunidad de reinventar con su ejemplo un oficio alicaído: de aprender con él unas rutinas, un compromiso y un rigor con la información que exigen una preparación indispensable, una independencia a salvo de cualquier interés y un empeño casi maniático por buscar la verdad. Su pluma y su humor modernizaron una profesión incipiente hace cien años, su pulso y su ingenio siguen mostrando caminos hoy.

Todas esas razones merecen un rescate y una reivindicación. Su atrevimiento le costó persecuciones, odios y críticas, pero a pesar de todo no cesó de escrutar la verdad. Como escribió en el prólogo de su libro *Huellas literarias*¹¹, en forma de carta-dedicatoria a Nicolás Estévez:

«Pienso seguir diciéndola (...) porque el decirla es más fuerte que yo, aunque deseo librarme de palos y pedradas. Un estacazo no es un argumento pero noto con espanto que son muchas las gentes que quieren argumentarme en esa forma. Una estadística curiosa que he elaborado arroja los siguientes datos: Injurias que me han dirigido, 2564,325; Calumnias, 3237.411; Palos recibidos a través del Atlántico, 613,411; Bofetadas a igual distancia, 131,625. Total de horrores, 6546,869.»

Si comprometió tanto con la verdad que es palabra que usa 38 veces en los 32 textos breves que componen el recopilatorio titulado *Huellas literarias*.

Luis Bonafoux fue un personaje lleno de matices que dejó una larga lista de lecciones de periodismo, unas enseñanzas perfectamente aprovechables hoy: las de un tipo huraño, independiente, comprometido, valiente, osado, riguroso y genial. Como lo vio Mariano de Cavia (1918) al decir de él que era «un periodista refractario», en el sentido de la segunda acepción que al vocablo da la RAE, «el opuesto, el rebelde a aceptar una idea u opinión o costumbre».

¹¹ Recopilatorio de 1894, publicado por la Biblioteca Virtual Cervantes en 2000.

Bibliografía

- Bonafoux, Luis (1909): *De mi vida y milagros*, Madrid. Los contemporáneos, N° 26, Biblioteca Nacional.
- Bonafoux, Luis (1999): *Bilis*, Biblioteca virtual Cervantes, Alicante.
- Bonafoux, Luis (2000): *Huellas literarias*, Biblioteca virtual Cervantes, Alicante.
- Bonafoux, Luis (1990): *La España de Bonafoux*, Madrid, Ediciones libertarias.
- Bonafoux, Luis (1903): *Honor a la pepitilla presidencial*. Alma Española, Madrid, 8 de noviembre.
- Cano, José Luis (1990): Prólogo a *La España de Bonafoux*, Madrid. Ediciones Libertarias.
- Cavia, Mariano de (1918): *Los refractarios, in memorias de Luis Bonafoux*, Diario El Sol, Madrid, 31 de octubre.
- Darío, Rubén (1921), *Letras*, Obras completas, volumen VIII, Madrid, editorial Mundo Latino.
- Dicenta, José Fernando (1974): *Luis Bonafoux, La víbora de Asnieres*, Madrid, CVS.
- Dicenta, Joaquín (1888): *Spoliarium*, Madrid, Sucesores de Ribadeneyra.
- García Torres, Juan Angel. *El periodismo literario en la prensa diaria madrileña (1896-1904)*. Tesis doctoral. Universidad Complutense. Madrid, 1982.
- Grangel, Luis S. *Maestros y amigos de la generación del noventa y ocho*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1981.
- Gómez Aparicio, Pedro. *Historia del Periodismo español. Tomo III: De las guerras coloniales a la Dictadura*, Editora Nacional, Madrid, 1967.
- Gómez Carrillo, Enrique (1921): *La miseria de Madrid*. Libro 3º Treinta años de mi vida, Madrid, Mundo latino.
- Gómez Carrillo Enrique (1919): *En plena bohemia*. Libro 2º Treinta años de mi vida, Madrid, Mundo latino.
- Nakens, José. *El Motín*. 7.10.1918.
- París, Luis. *Gente Nueva. Crítica inductiva*, Imprenta Popular, Madrid, 1888.
- Phillips, Allen W. *En torno a la bohemia madrileña 1890-1925. Testimonios, personajes y obras*, Ed. Celeste, Madrid, 1999.
- Ruiz Contreras, Luis. *Memorias de un desmemoriado*, Sociedad General Española de Librerías. Imp de A. Marzo. 1943. Madrid
- Seoane, María Cruz y Sainz, María Dolores. *Historia del periodismo en España. El siglo XX: 1898-1936*. Alianza Editorial, Madrid, 1996.
- Zamacois, Eduardo. *Años de miseria y de risa*, Biblioteca Hispánica, 1916.
- Zavala, Iris. *Fin de siglo: Modernismo, 98 y bohemia*, Cuadernos para el Diálogo, Suplementos, nº 54, Madrid, 1974.